

Espanto ante la historia universal

Erwin Chargaff

I

Mi madre, que desde hacía más de veinte años había habitado un piso en Viena en el Distrito Tercero, en la Wassergasse, fue expulsada de allí en el año 1942 y llevada a una especie de campo de recogida en la Leopoldstadt. En Abril de 1943 fue deportada desde Viena a Polonia y allí, envenenado y quemado, desapareció su nombre. Había cumplido los 65 años. He meditado mucho sobre su muerte. La muerte es absurda, y la meditación no ayuda mucho. Sin embargo me he preguntado a menudo si debo considerar a mi madre una víctima de la historia universal.

Pero ahora ha resultado que no fue una víctima, sino una prisionera de guerra. En tiempos más normales, desde luego, los prisioneros de guerra no eran ejecutados sin más, pero es que entonces era un tiempo especialmente difícil. La noticia del estatus modificado de mi madre (por lo demás casi ciega) me ha llegado sólo indirectamente, pues vivo muy lejos, en Nueva York, donde las declaraciones de historiadores alemanes sólo son reproducidas raramente. Así, lo que he llegado a saber es que un famoso catedrático alemán de historia –he olvidado su nombre– ha descubierto que en el año 1938 o 1939 Chaim Weizmann declaró la guerra al pueblo alemán en nombre de los judíos. Mi madre, que seguramente jamás oyó el nombre de Weizmann, fue por lo tanto ejecutada con derecho: codetenida, coasfixiada.

No puedo negar que esto es en cierto modo un consuelo, una verdadera «dotación de sentido al sinsentido»¹. Ciertamente me resulta difícil considerar la imagen de mi madre, tal como la tengo ante mí, como la de una prisionera de guerra. Tal como yo la conocí, fue sólo demasiado pacífica y andaba sobre pies de barro.

Penas aparte, ¿pero qué maneras son ésas? Es verdad que ya desde el comienzo del pasado siglo eran los catedráticos alemanes algo pecu-

¹ *Theodor Lessing, de quien proviene, creo, esta hermosa expresión, fue por cierto asesinado mucho antes de la «Declaración de guerra judía».*

liar de lo que más convenía apartarse. Siempre estaban de algún modo echando discursos a la nación alemana, en lugar de familiarizarse con la lengua alemana, única base real de esta nación. Por supuesto que había excepciones: los hermanos Humboldt y Grimm, Gervinus, Ranke, y aún algunos otros. ¿Pero es que los historiadores de otros países abrían tanto la boca como Treitschke, llevaban los filósofos de otros pueblos el sello de la infalibilidad del espíritu del mundo tan indeleble en la frente como Hegel? Tuvo que ser un tiempo en el que en Alemania había más ratoneros que ratas. Sólo en los años treinta de nuestro siglo terminó esta ridícula idolatría, e incluso ahora pueden verse rastros de coronas de laurel en más de alguna frente injustificada, cuanto más laureada menos merecida.

Por supuesto es posible que yo esté mal informado sobre la afirmación de la declaración de guerra weizmanniana² y sobre el intento de aducir ésta como disculpa para las infamias indecibles cometidas contra judíos, gitanos, comunistas, homosexuales y deficientes mentales. Por lo demás no he oído nada de declaraciones de guerra de los gitanos, homosexuales y perturbados psíquicos al Reich alemán. Si resultase que mi información fuera realmente incorrecta, entonces debo pedir disculpas al catedrático y al lector de estas líneas la amabilidad de tomar el presente texto como un mero *divertimento con variazioni*.

II

¿Qué es entonces un gran historiador? Para empezar debo decir que mi espanto ante la historia universal no se extiende a aquéllos que la describen. Hay muchos escritores de historia que venero realmente y que releo siempre con gusto. Ahora bien, la historia se ha diferenciado siempre, también en los primeros tiempos, de la mayoría de las otras ciencias en que sus grandes obras estaban dirigidas a un público mucho más amplio que a los que hoy se llamaría especialistas. De hecho es la especialización cada vez más estrecha y compacta la que dificulta el surgimiento de escritos relevantes. Este efecto del hormigueo especialista se ha vuelto un problema, y no sólo para las ciencias humanas; ha deformado las ciencias naturales quizá más aún, como si en una zona

² Por lo demás no puedo imaginarme que el Dr. Weizmann, un hombre muy razonable al que conocí personalmente, haya proclamado realmente una declaración de guerra tan estúpida.

antes abierta para todos se instalasen múltiples barreras de aduana, en la mitad de las esquinas un peaje.

Los grandes historiadores escriben libros que no sólo se estudian, sino que también se leen³. Sus obras pertenecen al legado literario de sus lenguas y sus pueblos. Ya sea Tucídides o Jenofonte; Livio, Salustio o Tácito; Comynes, Bossuet o Michelet, Guicciardini o Maquiavelo; Clarendon, Hume o Macaulay: todos, a su manera, grandes escritores en prosa y por ello –un «por ello» que ciertamente habrá de suscitar oposición– historiadores relevantes. Todos escribieron sobre su ciudad, su país, su pueblo, y cuidaron de dar una imagen de ello que correspondiese a su propia alma y su propia época. Otros aún más cercanos a mí escribieron sobre muchas cosas, cercanas y lejanas: Heródoto o Voltaire; Gibbon, Carlyle o Burkhardt; Mommsen o Ranke. La lista es ciertamente diletante e incompleta, pues sólo puedo juzgar por conocimiento propio. Tampoco menciono a escritores de historia del presente siglo tan excelentes y distintos entre sí como Huizinga y Braudel.

Que en nuestro tiempo se ha vuelto casi imposible ser un gran algo –por lo tanto también, digamos, un gran historiador– me parece indudable. El estrado está tan saturado de pseudocelebridades –mantenidas por la saliva de las potentes fluidaciones, unidas por el pegamento de las gigantescas máquinas publicitarias– que la aparición y el reconocimiento de un creador realmente grande, sea en el campo que fuere, se ha vuelto imposible. Yo, por mi parte, sólo podría reconocerle en mi no reconocerle.

En todo caso tengo la impresión de que en el siglo XIX los catedráticos alemanes (en especial los historiadores y filósofos) se diferenciaban de sus colegas de otros países en que a la vez aparecían como la conciencia de la nación. A otros pueblos esta especie de prótesis de conciencia les hubiese parecido ridícula; los mismos estudiantes habrían rechazado que sus catedráticos les dirigiesen el pensamiento. Los países –Francia, Inglaterra, y en cierto modo incluso Austria– habían desarrollado formas sociales que le permitían a la población arreglárselas sin guías espirituales en amplios espacios. El pensamiento era un asunto privado, fuese del aristócrata, fuese del burgués; un privilegio del que se hizo mucho más uso que en la tan frecuentemente dividida y subdividida Alemania del pasado siglo. Por razones que un no-alemán

³ Lord Acton puede ser una excepción. Planeó grandes libros, mas no los escribió; pero sí una serie de ensayos y tratados que justifican su gran reputación.

como yo quizá no pueda reconocer, los alemanes creen mucho más en la autoridad que otros pueblos, a los que los jerarcas les resultan más bien cómicos⁴. En el tan inestablemente remendado Reich de Bismarck, la reverencia ante la autoridad y el servilismo ante los expertos en pensamiento reconocidos por la autoridad fueron todavía mayores. No creo que *El súbdito* de Heinrich Mann pudiera haberse escrito en otro país. Así, Alemania parece ser también el único país mayor que nunca ha consumado por sí misma una revolución. La población prefería observar cómo otros les limpiaban la basura.

III

«Superación del pasado» es una expresión estúpida. Su superación, si es que hay algo así, la ha tomado siempre a su cargo el pasado mismo. La verdad es que ya hay bastante culpa en el mundo (además del pecado original, no generalmente reconocido). Algún que otro estigma de Caín llevamos todos. ¿Pero qué clase de hombres son éstos que están dispuestos a recibir su absolución de manos de un catedrático de historia? La expiación por el saber especializado es de lo más ridículo del mundo. La remisión de los pecados proclamada en congresos de historiadores se la lleva el viento; el mismo viento que hacía temblar más aún a las heladas y lastimosas figuras que esperaban ser asignadas a las cámaras de gas.

El consuelo dispensado así de insidiosamente es oropel. Para algunos mayores que podrían quizá necesitarlo llega demasiado tarde; los diversos procesos represivos ya han hecho antes su trabajo. Los jóvenes son tan poco responsables de la historia pasada como los niños que han de nacer el año próximo. La dotación de sentido practicada por algunos escritores de historia es una trampa muy raída, y será misión de los jóvenes no caer en ella.

Otro método para la desodorización del pasado, en boga ahora, no es menos rastrero. Consiste en suprimir el olor a podrido específico volviéndolo general. Se emplazan gigantescos vaporizadores con los que se extienden nubes de fetidez sobre la historia de todos los pue-

⁴ En su veneración del especialista, que en la mayoría de los casos no lo es, ofrece la actual América una nueva excepción. También los franceses, antiguamente tan chistosos, muestran amenazadores rasgos de decadencia en su súbito respeto por enérgicos tecnócratas. La especialización es el enemigo mortal del chiste. Cuanto más ingenioso es un pueblo, tanto más brusca su caída en la falta de sentido del humor. El humor requiere una fuerte dosis de desidia; y nada hay que combata con mayor ardor el especialista.